

“EL SEXO DE LOS ANGELES”

PERSONAJES

SARA (Una chica joven entre 20 y 30 años)

ÁNGEL (Chico joven, de la edad de la anterior)

DIOS (A gusto del director, edad indefinida)

JUAN (Joven inocente, también rondando los 20/30)

LAURA (Amiga del anterior, de su misma edad)

LUISA/CARMEN (Madre y tía respectivamente de JUAN, puede ser interpretado por la misma actriz, o por dos actrices diferentes)

La obra se ambienta en un pueblo de la Asturias rural, pero es perfectamente extrapolable a cualquier otra parte, cambiando el nombre de algunos lugares. La época de la obra, la España de post guerra.

Primer cuadro

Al lado del mar, en un acantilado. Hablan ÁNGEL y SARA, dos jóvenes. La escena debe tener cierto aire ñoño.

SARA.- ¿Al final tu tío Rufino viene o no viene a la boda?

ÁNGEL.- Al final, viene.

SARA.- Menos mal que ha entrado en razón, porque eso de que no venía porque no tenía con quien dejar su cerdo. Como si no pudiera quedar solo.

ÁNGEL.- Es que no queda solo.

SARA.- ¡No me digas que le ha contratado una niñera al cerdo! Tu tío está muy mal.

ÁNGEL.- No, ya que fuera eso. Al final trae el cerdo con él.

SARA.- ¿A la boda? ¡Eso sí que no!

ÁNGEL.- Si ya se lo he dicho, pero me ha dicho que su cerdo es muy limpio, y que lo iba a traer de gala.

SARA.- Si, lo va a poner de pingüino.

ÁNGEL.- No sé, pero me ha dicho mi madre que había estado en Oviedo buscando pajaritas, y que al final compró dos.

SARA.- Pues yo con un cerdo en la iglesia no me caso.

ÁNGEL.- Entonces habrá que echar también a Paco.

SARA.- ¿Mi padrino?

ÁNGEL.- Tu me dirás. Ese no ha visto el agua desde tu bautizo, por lo menos.

SARA.- Pero se lavará para la ocasión

ÁNGEL.- Si me parece que no se lavó ni para su boda, que por la noche, entre él y su esposa no eran capaces de quitarle los calcetines, que estaban casi soldados a los pies

SARA.- Escucha: ¡O va el cerdo o voy yo, tu decides!

ÁNGEL.- Difícil me lo pones...

SARA.- (*Enfadada*) ¿Qué?

ÁNGEL.- Anda, tontita, que te estaba tomando el pelo. Ya se arreglará. No me pongas pucheros, ¿eh? ¿No me perdonas?

SARA.- ¿Irá el cerdo?

ÁNGEL.- Hablaré con mi tío... Y ya veré si empujo a tu padrino en el puerto, para que por lo menos se moje un poco. ¿Te desenfadas entonces?

SARA.- Eso depende de lo que me quieras.

ÁNGEL.- Mira. A cambio de estar aquí contigo, aunque solo sea un día, pasaría la eternidad en el peor de los infiernos.

SARA.- ¡Qué tonto!

ÁNGEL.- En serio, Sara: Quiero que seas feliz, todo lo feliz que te pueda hacer un hombre. Quiero que jamás te falte de nada, ni dinero, ni cariño. Quiero que los dos caminemos juntos hacia adelante, y saltemos juntos lo que se nos ponga por delante. Y quiero que lleguemos a viejos igual que estamos los dos aquí ahora, enamorados.

SARA.- Yo quiero un hombre que me dé todo eso, y quiero dárselo también yo a él.

ÁNGEL.- Si lo tienes tu, a mi ya me hará feliz, no necesitaré más en este mundo, ni en el otro. *(Una pausa, mientras se miran, cogidos de las manos, enamorados)* ¿Mañana llega por fin tu madre?

SARA.- Sí. ¡Tengo una gana de verla!

ÁNGEL.- Y yo de conocerla. Y de hacer la pedida de mano como Dios manda, que esto de hacerla por carta...

SARA.- Lleva dos años en Argentina, pero ella quería volver para acá, y por fin puede... *(Cabizbaja)* ¿A ti de verdad que no te importa que sea adoptada?

ÁNGEL.- Si fuera solo eso...

SARA.- *(Asustada)* ¿Qué pasa?

ÁNGEL.- ¡Que encima eres pixueta! *(Nota. Pixueto: habitante de Cudillero, en Asturias)*

SARA.- *(Aliviada)* ¡Qué tonto eres! ¡Me has dado un susto...!

ÁNGEL.- No veo la hora de que nos casemos. ¡No faltan más que dos semanas!

SARA.- A mi me van a parecer dos meses.

ÁNGEL.- A mi dos años.

SARA.- Pues a mi dos... ¿Más que años que son?

ÁNGEL.- No sé, pero vamos a ser los más felices del mundo. No veo el momento de que seas mi esposa.

SARA.- Ni yo de que tu seas mi marido, y si no somos los más felices del mundo, por lo menos seremos los más felices de Cudillero.

ÁNGEL.- Porque te quiero mucho.

SARA.- Pero yo a ti más.

ÁNGEL.- Más que yo a ti no, porque tu eres mi vida, mi luz, mi pasión, mi...

UNA VOZ.- ¡Socorro!

SARA.- ¿Tu socorro?

ÁNGEL.- Vaya, tenía pensado decir mi amor, no sé cómo me ha salido eso del socorro.

A ver si soy "ventrículo" de esos...

UNA VOZ.- ¡Socorro!

SARA.- Parece que viene del acantilado.

ÁNGEL.- (*Se asoma*) ¿Hay alguien?

SARA.- (*Asomada también*) ¡Mira! ¡Es Calisto!

ÁNGEL.- Calisto, ¿cómo te metes a coger percebes con el mar así?

SARA.- ¡Lo va a arrastrar el mar! Hay que buscar ayuda.

ÁNGEL.- No hay tiempo. Agárrate bien, Calisto, que bajo a ayudarte.

SARA.- ¡No! ¡No bajes! Es muy peligroso.

ÁNGEL.- No me da miedo el mar, he ido muchas veces a coger erizos y a percebes.

Esto es un poquito de marejada. Tonterías. (*Baja hacia el acantilado*)

SARA.- ¡Ten cuidado! ¡Sujétate bien!

ÁNGEL.- (*Desde fuera*) Son cuatro olas, esto está hecho...

Oscuro. Ruido del mar, de tempestad. Campanas de difunto. Luz en escena, con el mismo decorado, aparece SARA, con manto negro y mantilla negra poniendo unas flores al lado del acantilado o tirándolas a él. Lloro. Oscuro.

Segundo cuadro

El cielo. ÁNGEL sale del lado hacia donde ha ido a rescatar a Calisto, como si no hubiera pasado nada, completamente vestido de blanco.

ÁNGEL.- Cómo pegaba el mar. En fin, dicho y hecho. ¿Dónde está esta niña? (*Ve a DIOS en un lado, tomando un café en una taza*) ¿Y de dónde ha salido este señor? Disculpe, ¿no ha visto por aquí a una chica? Estaba aquí ahora mismo.

DIOS.- ¿Por aquí? Me parece que no.

ÁNGEL.- No se preocupe, seguro que fue hasta el pueblo. Estaba el mar muy mal, ¿sabe? Voy a buscarla. (*Sale por un lado, mientras DIOS sigue a lo suyo. Entra por el otro lado*) ¡Arrea! ¿Usted no estaba...? No, este tiene que ser otro. ¿Ha visto pasar a una chica hacia el pueblo?

DIOS.- No me suena, no.

ÁNGEL.- Gracias... (*Sigue al otro lado*) Cómo se parece este hombre al de antes. (*Sale por un lado, y vuelve a entrar por el otro*) Pero...

DIOS.- Hijo, me vendría bien que parases, que vas a acabar mareándome.

ÁNGEL.- Pero, ¿cómo lo hace? ¿Hay un atajo o...?

DIOS.- Ay, hombre, qué cansado es esto de tener que dar explicaciones.

ÁNGEL.- Además, no lo conozco. Usted no es del pueblo, ¿verdad?

DIOS.- Podría decirse que no, y que sí.

ÁNGEL.- No, ya veo que no. Usted debe de ser gallego. Pues acento no tiene.

DIOS.- En realidad yo estoy en todos lados.

ÁNGEL.- Ya, que no tiene casa, ¿eh? ¿Qué es, un peregrino? ¿O es un pobre? Porque ahora me pilla sin suelto.

DIOS.- Mi reino no es de este mundo.

ÁNGEL.- Y rey... Este se ha escapado del manicomio. Bueno, peligroso no parece. Así que un rey, ¿eh? Pues sigo mi camino, que llevo prisa. Será el rey de copas como mucho. (*Vuelve a irse, un poco más rápido que antes, y mirando mucho hacia atrás. Entra de nuevo por el otro lado mirando hacia atrás y tropieza con Dios*) ¡Porras! ¿Esto qué es? A mi no me venga con bromas.

DIOS.- Vamos a ver, hijo, ¿puedes parar un poco?

ÁNGEL.- Pues no. No puedo parar, porque me está esperando mi novia, y porque no sé quién es usted, y porque ya me está a mi mosqueando eso de que me alcance cada vez que echo a andar. Ni que tuviese por ahí escondido un coche de carreras.

DIOS.- No me he movido de aquí.

ÁNGEL.- ¿No? ¿Y cómo explica que me lo tropiece cada vez que lo dejo atrás?

DIOS.- Ya te he dicho que estoy en todos lados.

ÁNGEL.- Sí, hombre, ni que fuera Dios... (*De pronto comienza a darse cuenta de todo*) Espera... Acabo de salir del agua, y no estoy mojado... Y esta ropa... ¿Qué pasa? ¿Que el mar en vez de agua tenía lejía? (*Mira alrededor*) Esto no es Cudillero. ¿Quién es usted?

DIOS.- ¿De verdad te lo tengo que decir?

ÁNGEL.- No creo que pierda mucho tiempo. Total, siempre está plantado delante de mi.

DIOS.- Yo soy el Señor.

ÁNGEL.- ¿El de la mansión de la cuesta?

DIOS.- No, el señor a secas.

ÁNGEL.- A secas... ¿Y lo de esa taza?

DIOS.- A estas horas siempre tomo un cafelito.

ÁNGEL.- Pues da como un olor a orujo.

DIOS.- Es que un cafelito sin bautizar, no es un café. A ver, hijo, si te centras un poco.
¿No sabes dónde estás?

ÁNGEL.- Para ser una broma de carnaval me parece demasiado sofisticada, y mis amigos son más de ponerse una media por la cabeza y coger una borrachera antes de dos horas.

DIOS.- Hijo, esto es lo que vosotros llamáis el purgatorio.

ÁNGEL.- ¿Un criadero de pulgas?

DIOS.- Purgatorio, el de la biblia.

ÁNGEL.- Entonces estoy...

DIOS.- Sí, muerto. Solo a ti se te ocurre bajar al acantilado tal y como estaba el mar.

ÁNGEL.- ¿Y Calisto?

DIOS.- No. Gracias a ti Calisto salió, pero cuando lo empujabas hacia arriba, vino un golpe de mar...

ÁNGEL.- Oiga, pero es que eso no puede ser, que me caso en dos semanas.

DIOS.- Me parece que va a ser que no.

ÁNGEL.- Tengo el traje comprado, y mi padre ya ha cobrado la dote de mi novia. ¡Y mi tío le ha comprado una pajarita al cerdo!

DIOS.- Estas son cosas que pasan. Lo del cerdo no muchas veces, la verdad.

ÁNGEL.- Que no, que no, que usted no lo entiende. Verá, mi novia y yo nos queremos mucho, y teníamos planes hechos. ¡Si íbamos a casarnos en la capilla de La Regalina, en Cadavedo!

DIOS.- Hermoso lugar.

ÁNGEL.- Todo esto debe de ser un error. Además, yo me encuentro perfectamente, no tengo nada de nada. ¿No me ve?

DIOS.- En fin, hijo, no tengo tiempo, que tengo mucha gente que atender. Esto es lo que hay. Bajaste por el acantilado, sacaste a Calisto, y cuando ibas a subir tu, vino un golpe de mar, te caíste, y te ahogaste. Ahora estás en el purgatorio, y de aquí irás para un lado o para otro, eso según lo bueno o lo malo que hayas sido.

ÁNGEL.- (*Desesperado*) No puede ser. Si estaba a punto de casarme. Además, ¿usted no es omnívoro o algo así? Pues bájeme otra vez para abajo... O súbame, bueno, que no sé exactamente donde estamos. Mi novia es muy sentida y lo tiene que estar pasando muy mal, hombre. Venga, ¿qué más le da?

DIOS.- Cuando una cosa se acaba, se acaba, y punto.

ÁNGEL.- ¡Pues no va a ser, y no va a ser ! Ya encuentro solo la salida, no hace falta que me acompañe. (*Sale por el lado de siempre*)

DIOS.- Que lata me está dando este.

ÁNGEL.- (*Entra por el otro lado*) ¡Porras, porras y porras! (*Se arrodilla delante de DIOS*) Es que no es justo. Si siempre he sido bueno. ¿Por qué me ha pasado esto a mi?

DIOS.- Por bajar al acantilado.

ÁNGEL.- Y mi pobre novia. ¿Qué culpa tiene ella? Lo que estará sufriendo. Mire, Señor, usted me deja en el agua, para que me encuentren unos pescadores, como que estuve a la deriva...

DIOS.- Hace un año que has muerto.

ÁNGEL.- Si acabo de bajar al acantilado.

DIOS.- Aquí el tiempo pasa de otra manera.

ÁNGEL.- Pero puedo decir que me he mantenido comiendo sardinas, o arenques... Venga, ¿qué más le da? Usted, que es ornitólogo...

DIOS.- Que tenga yo que aguantar esto... Escucha, lo primero, ponte en pie, que se me va a dislocar el cuello de estar mirando para abajo. (*ÁNGEL lo hace*) Lo de volver no puede ser, que uno es que yo sea Dios, y otro que haga lo que me venga en gana. Bueno, realmente hago lo que me viene en gana, pero en este caso va a ser que no. Pero escucha. Tu destino no es ir para el cielo.

ÁNGEL.- ¿Qué? Hombre, no me mate. ¿Encima de que palmo a punto de casarme, no voy al cielo? (*Enfadado*) Si ya sabía que usted no era bueno, que es mucho mejor Alá. Pues no va a ser y no va a ser. Me voy... (*Va a salir por un lado, y se detiene antes de salir*) Total, para ir a parar al mismo lado... (*Vuelve a donde está Dios*) ¿Cómo no voy a ir al cielo? Si he sido el más bueno del pueblo, que cuando pasaba el cura el cepillo echaba allá más de un real.

DIOS.- Yo lo veo todo.

ÁNGEL.- Esto... Echaba diez céntimos, pero echaba, que Damián muchas veces cogía en vez de echar... Lo de ser un chivato no resta puntos, ¿verdad? ¿Y la de

veces que he ayudado a Carmela en su huerto? Y sin cobrar, que aunque me daba después dos pesetas, me las quedaba por no hacerle un feo, que es muy mal tomada y...

DIOS.- (*Fuerte, con un trueno*) ¡Basta!

ÁNGEL.- (*Amedrentado*) Bueno, bueno, tampoco hay que enfadarse.

DIOS.- Ahora calla, porque me estás hartando, y la última vez que me harté, mandé un diluvio a la tierra, que si no llega a ser que Noé andaba con ganas de hacer un barco... Escucha. No vas a ir al cielo... Porque vas a volver a la tierra.

ÁNGEL.- ¿Sí? ¡Gracias, gracias! (*De rodillas otra vez abrazado a las piernas de Dios*) Si sabía que era muy bueno, donde va a compararse Alá. Gracias. No sabe lo que se lo va agradecer mi prometida, porque estábamos a punto de casarnos. Y a partir de ahora, de verdad que en el cepillo echo el real.

DIOS.- Paciencia... Paciencia, que ya sabes que si te enfadas lo mismo mandas otra plaga de langostas a la tierra. Levántate y calla, por Dios... o sea, por mí. (*ÁNGEL se levanta*) Vas a volver a la tierra, pero como ángel de la guarda.

ÁNGEL.- ¿Eh?

DIOS.- Vas a ser el ángel de la guarda de un joven.

ÁNGEL.- Pero, ¿de esos con alas?

DIOS.- Ángeles con alas... ¿De dónde sacaréis esos tonterías? Vas a ser el ángel de la guarda de un joven, y tienes que ayudarlo en todo lo que puedas.

ÁNGEL.- Una pregunta, ¿dónde estaba el mío cuando bajé al acantilado? ¿Echando la siesta, o tenía el día libre?

DIOS.- Esos son otros asuntos. Presta atención. Vas a ir a la tierra a ayudar a este chico, que necesita ayuda porque es un pobre infeliz, y esos son los únicos que tienen ángel de la guarda, pero hay tres reglas.

ÁNGEL.- No, no, hay cuatro reglas, y las he aprendido todas. Dividir, solo por una cifra, ¿eh? Pero...

DIOS.- El día que le di la paciencia a Job debí de quedarme yo sin ella. ¿Habría forma de que estés callado un minuto?

ÁNGEL.- Punto en boca.

DIOS.- Hay tres reglas. La primera: Solo tu protegido te puede ver. Para los demás serás invisible. Segunda, solo podrás hablar con él, los demás no te oirán. Y tercera, no podrás mover ni tocar nada, ni podrán tocarte.

ÁNGEL.- (*Con sorna*) Hay que reconocer que lo tengo bien fácil para ayudarlo, con tales "poderes". Si por lo que me ha dicho no puedo más que hablar con él.

DIOS.- Esa será tu misión, hablar con él, y ayudarlo en lo que sea menester.

ÁNGEL.- Oiga, ¿y no podemos negociar...?

DIOS.- (*Trueno*) ¡No, no podemos negociar!

ÁNGEL.- Vale, vale. ¿Dónde estará esa famosa "gracia de Dios"? Pero, soy un ángel, algo más podré hacer.

DIOS.- (*Un poco desesperado, saca un frasquito*) Mira, para que no fastidies más, ten. Esto te dará algún poder especial.

ÁNGEL.- ¿Cómo cuál?

DIOS.- Vale para muchas cosas. Por ejemplo, cada vez que bebas, te podrás saltar una regla. Pero no lo desperdicies.

ÁNGEL.- No es mucho, pero dará para algo. ¿Y qué más me permite hacer?

DIOS.- (*Mira su reloj*) Te dejo, que tengo cosas que hacer. Nos vemos. Ah, una última cosa. Esto también te conviene saberlo. Podrás hablar muy poco de tu vida anterior, y jamás nada que pueda afectar al chico que te toque. Nada de nada. Y eso no lo arreglas ni con la pócima. (*Se va*)

ÁNGEL.- Pero, oiga, no me deje así, que tengo preguntas... Oiga... (*Sale detrás de él*)

Tercer cuadro

Un bosque. ÁNGEL sale por el lateral contrario al que salió en la escena anterior.

ÁNGEL.- Oiga, que no me ha dicho que tengo que hacer... (*Mira a los lados*) Caramba, ahora no lo encuentro. Antes no había manera de deshacerme de él y ahora... (*Vuelve a mirar*) Este no es el lugar donde estaba. ¡Eso es que he vuelto! ¡Estoy de vuelta! ¡Estoy de vuelta!

JUAN.- (*Entra por un lateral, con unas pinzas de madera, recogiendo castañas*) Pero, ¿qué hace este enfermero en medio del bosque? Oiga, por aquí no hay ningún hospital.

ÁNGEL.- ¡Estoy de vuelta! (*Pausa*) ¡Arrea! ¿Me puedes ver?

JUAN.- Es difícil no verte con esas pintas.

ÁNGEL.- Está claro que entonces tu eres el que me ha tocado en suerte, pero, sintiéndolo mucho, me voy, porque tengo que ir a ver a mi niña. (*Vuelve a mirar alrededor*) ¿Dónde estamos? Esto no me suena.

JUAN.- En el bosque de la Tamarosa.

ÁNGEL.- ¿No puedes ser más concreto?

JUAN.- Sí, estamos al pie de un castaño.

ÁNGEL.- El pueblo, chaval. ¿Esto qué es?

JUAN.- ¡Ah! Esto es Robledo.

ÁNGEL.- Y eso un castaño, ya veo que hay árboles. Nada, déjalo, que me arreglo solo. Ahora me voy, que tengo que ir a Cudillero. Tu continúa a lo que estés, ¿eh?

JUAN.- Estoy recogiendo castañas.

ÁNGEL.- Ya había supuesto que no estabas pescando congrios.

JUAN.- El congrio no me gusta. Tiene muchas espinas.

ÁNGEL.- (*A la que se va*) Hala, sí, sí, muy interesante. Nos vemos. (*Sale por un lateral, mientras JUAN sigue recogiendo castañas. Entra por el otro lateral*) ¡Vaya! Esto de no conocer el bosque...

JUAN.- ¿Quieres que te oriente?

ÁNGEL.- No te preocupes, y tu a lo tuyo. Mira, que por ahí parece que se te escapa una. (*JUAN va hacia donde le ha indicado*) No, y aún va para allá. (*Sale por el lateral, y vuelve a entrar por el otro lado*) ¡No! ¡No! Otra vez no, por favor.

JUAN.- Pues no encuentro la castaña. ¿No sería una cucaracha?

ÁNGEL.- Busca, que a veces se ocultan bien. (*Sale esta vez por donde había entrado, pero vuelve a entrar por el otro lado. Desesperado mirando al cielo*) ¡No me fastidies! (*Resignado*) Parece que va a ser difícil separarse de este.

JUAN.- ¿No vas a Cudillero?

ÁNGEL.- No. Me parece que me está gustando este pueblo. Casi me voy quedar una temporada. (*Mira al cielo*) ¿Te vale así?

JUAN.- ¿De dónde vienes?

ÁNGEL.- ¿Yo? De ahí arriba.

JUAN.- ¿De la Camperona?

ÁNGEL.- Un poco más arriba.

JUAN.- Más arriba de la Camperona jamás he ido. Pero una vez me llevó mi mamá a Infiesto, a la fiesta de la avellana. ¡Y comí avellanas!

ÁNGEL.- ¿En la fiesta de la avellana? ¡No puedo creerlo!

JUAN.- Sí, había muchas, crudas y tostadas.

LAURA.- *(Entra por el lateral, también recogiendo castañas)* ¿Con quién hablas, Juan?

JUAN.- Hola Laura. *(A ÁNGEL)* Mira, esta es Laura, una amiga mía.

LAURA.- Pero, ¿con quién estás hablando?

JUAN.- Con este chico. ¿No lo ves?

LAURA.- ¡Ay, qué Juanillo! ¿Cuántas veces hemos hablado que los amigos invisibles no existen?

JUAN.- Este no es invisible. Si parece que lo han metido en azulete, ¿no lo ves?

LAURA.- *(Habla en cualquier dirección en la que no esté ÁNGEL)* Sí, hombre, sí. Hola, yo soy Laura. Y tu, ¿cómo te llamas?

JUAN.- Pero, ¿qué haces? Está aquí.

LAURA.- En fin, Juan, ya voy de regreso, que tengo castañas de sobra. Pero, atiende, si te vuelvo a ver con otro amigo invisible, me enfado, y dejo yo de ser tu amiga, porque si estás mejor con ellos...

JUAN.- Pero... ¡Espera! *(A ÁNGEL)* Dile algo.

ÁNGEL.- Tienes una amiga muy hermosa. ¿Es tu novia?

JUAN.- No me dejes en vergüenza. Eso lo dice él, ¿eh? No lo digo yo.

LAURA.- ¿El qué, Juan?

JUAN.- Pero, ¿no lo has oído?

LAURA.- Hala, hasta luego. *(A la que se va)* Pobre, cada día está peor. *(Sale)*

JUAN.- Pero, ¿cómo es que no te ve? ¡Ay, Dios! ¡Que igual se quedó ciega! ¡Que igual tropieza! *(Sale corriendo detrás de ella, y tropieza y cae)*

ÁNGEL.- Empiezo a entender eso de a quién le hace falta un ángel de la guarda. A ver, Juan... Te llamas así, ¿no? No sé cómo explicarte esto sin que parezca que estoy loco. ¿No has rezado nunca eso de que "cuatro esquinitas tiene mi cama, y cuatro angelitos que me la guardan"?

JUAN.- *(Se levanta)* Y aún lo rezo. Todas las noches sin dejar una.

ÁNGEL.- Por qué será que no me extraña. Bien, pues no van a ser cuatro, va a ser uno solo: Yo.

JUAN.- Claro, que vas a ser tu un ángel. Si no tienes alas.

ÁNGEL.- Ya le decía a Dios que lo de las alas... Es que no necesitamos, Juan.

JUAN.- Y entonces, ¿cómo vuelas?

ÁNGEL.- ¿Volar?

JUAN.- Sí, los ángeles vuelan.

ÁNGEL.- ¡Espera! (*Saca el frasquito y bebe un poco. Hay un efecto de luz y/o sonido*)

Vamos a ver para lo que sirve esto. (*A JUAN*) No necesitamos alas. Mira. (*Toma un poco de carrera, y echa a "volar", pero se da una buena costalada*) ¡Ay! Aterrizaje forzoso.

JUAN.- Buf, vaya birria de ángel.

ÁNGEL.- (*Se levanta*) Tendré que practicar más. Es que soy novel, ¿sabes?

JUAN.- Encantado de conocerte, pero para mi ya es tarde, y me voy para casa, que si no mi mamá me riñe. Hasta luego. (*Se va por un lateral*)

ÁNGEL.- La verdad es que a mi tampoco me extraña. Si me encontrara yo a mi mismo con estas pintas tampoco iba a creer que soy un ángel. (*Oscuro, sin que se mueva ÁNGEL de donde está*)

Cuarto cuadro

La casa de JUAN. LUISA, su madre, en sus labores. ÁNGEL está exactamente en el mismo lugar de la escena donde estaba en el cuadro anterior. JUAN entra.

JUAN.- Hola, mamá, ya estoy en casa (*Ve a ÁNGEL*) Buenas tardes... (*Asustado*)
¡Arrea! ¿Cómo has venido tan rápido?

LUISA.- ¿De dónde? No he salido de casa en todo el día.

JUAN.- No le digo a usted, madre.

LUISA.- (*Mira alrededor*) Entonces, ¿con quién hablas?

JUAN.- Con el chico este.

LUISA.- (*Mira afuera*) ¿Has dejado en la calle algún amigo?

JUAN.- Pero, ¿A dónde va, madre? Aquí, este que parece un anuncio de jabón El Chimbo.

LUISA.- Has vuelto a trepar a un castaño, y has caído de cabeza, ¿a que sí? ¿Qué te he dicho tantas veces?

JUAN.- (*A ÁNGEL*) Pero, ¿no te ve?

ÁNGEL.- Ya ves. Volar no se me da, pero lo de que no me vean...

LUISA.- Anda, déjate ya de tonterías, y siéntate, que te voy a dar la merienda.

JUAN.- (*A ÁNGEL*) Entonces, ¿eres un ángel?

LUISA.- ¡Ay, qué cielo! Gracias, Juanito, pero ya sabes que mi angelito eres tu.

JUAN.- Hala, hala, mamá, sí. Hágame la merienda, que traigo un hambre... (*LUISA va a lo suyo. Sigue, por lo bajo a ÁNGEL*) ¿De verdad eres un ángel?

ÁNGEL.- Eso parece.

JUAN.- Pero mi mamá ni te ve, ni te oye.

ÁNGEL.- Soy tu ángel personal e intransferible, como el carnet de identidad.

JUAN.- Pero, ¿qué haces aquí?

ÁNGEL.- Esa es una buena pregunta. Supongo que ayudarte.

JUAN.- Entonces, ¿vas a ir a cuidar el ganado por mi? ¿Las vacas pueden verte?

ÁNGEL.- No sé, vengo sin manual de instrucciones. Pero me parece que la ayuda es más bien espiritual.

JUAN.- Pues para lo que sea. Ya veremos. ¡Venga, dame un abrazo, que nunca he conocido a un ángel! (*Intenta abrazarlo, pero se para a poca distancia, sin poder tocarlo*) ¿Qué pasa? Es como si hubiese una pared.

ÁNGEL.- Esa es otra, solo me oyes y me ves tu, y además, no puedo tocar nada, y por lo que veo, no se me puede tocar tampoco.

JUAN.- Y entonces, ¿cómo me vas a ayudar?

ÁNGEL.- Otra pregunta buena. Soy primerizo, chaval. Aún no sé cómo funciona esto.

LUISA.- ¡Juan! ¿Qué haces ahí de pie como un monigote, mirando esa pared?

JUAN.- Que... que me pareció ver una lagartija.

LUISA.- A merendar. (*Se sienta a la mesa. JUAN al otro lado, y ÁNGEL queda en medio*)

JUAN.- (*Come un poco, incómodo con ÁNGEL*) ¿Tienes que estar ahí mirando?

LUISA.- Es para que me cuentes qué tal tu día. ¿Ha pasado hoy algo extraordinario?

JUAN.- Pues a decir verdad...

ÁNGEL.- Yo no contaría nada.

JUAN.- Madre, ¿usted crees en los ángeles?

LUISA.- Claro, Juanito. Ya sabes: "Cuatro esquinitas tiene mi cama..."

JUAN.- Pues no tiene cuatro, tiene solo uno.

LUISA.- No, hijo, tiene cuatro, uno en cada esquina.

JUAN.- Mire, madre. Ya sé que no me va creer.

ÁNGEL.- Que no es buena idea.

JUAN.- ¿Quieres dejar de interrumpirme?

LUISA.- No he dicho nada, Juan.

JUAN.- Usted no, madre. Es...

ÁNGEL.- No lo hagas, Juan, que va a ser peor.

JUAN.- ¡Pues lo hago porque me da la gana! Madre. Aquí está mi ángel de la guarda.

LUISA.- Claro, hijo, claro. El ángel de la guarda está siempre con uno. Yo también tengo el mío.

JUAN.- ¡Arrea! *(A ÁNGEL)* ¿Tu lo ves?

ÁNGEL.- No, pero no sé si puedo. Además, no me parece que tu madre lo necesite.

JUAN.- *(A LUISA)* Quiero decir que yo hablo con él.

LUISA.- Claro, Juan. Yo también. Y con Dios. Y le pido por nosotros, y por tu papá, que está en el cielo.

JUAN.- Que no, madre, que le digo que lo veo, como la veo a usted.

ÁNGEL.- Que te estás metiendo en un matorral del que no sé si saldrás.

JUAN.- ¡Que lo tengo aquí a mi lado!

LUISA.- *(Se levanta, y coge un trapo y un frasco)* Sabía yo que habías llevado un golpe en la cabeza. Ay, lo que se le escape a una madre... *(Cura la frente a JUAN)*

JUAN.- Pero, madre.

LUISA.- ¡Estate quieto! Y en echándote el unguento, te echas en la cama, ya verás cómo mañana estás mucho mejor. *(Oscuro)*

Quinto cuadro

La casa de JUAN. No hay nadie. Entra JUAN estirándose.

JUAN.- ¡Aaaahh! Que sueño más raro he tenido. *(Toca la cabeza)* Debía de tener razón mi mamá. Pues no recuerdo cuando me caí del castaño... *(Entra ÁNGEL)* Buenos días... *(Se asusta)* ¡Aaaah! No puede ser. *(Toma el frasco del unguento y el trapo, y se frota la frente)* Sigue ahí.

ÁNGEL.- A ver, Juan, vamos a centrarnos de una vez. Ni llevaste golpe, ni estás mal de la cabeza, ni nada de nada. Soy tu ángel de la guarda, y ya está. Míralo como algo bueno. Estoy aquí para ayudarte. ¡Y deja de frotarte con el trapo, que vas a borrarle las cejas!

JUAN.- Pero es que no necesito ayuda. Soy feliz aquí en casa con mi mamá. Cuido el ganado, atiando el huerto y los campos... Y a mi mamá le ha quedado una pequeña paga de mi papá. No necesitamos nada.

ÁNGEL.- Soy un mandado. A mi me dijo el de arriba que viniera acá a ayudarte, y a eso estoy.

JUAN.- De verdad que no sé en qué me puedes ayudar.

LAURA.- (*Entra en casa*) Hola, Juan. ¿Está tu madre? Vengo a recoger la manteca que le encargó la mía.

JUAN.- No sé donde está. Si prefieres volver en otro momento...

LAURA.- Vaya, ¿para qué quieres que marche? No me digas que ya estás con uno de esos amigos invisibles que tienes.

JUAN.- (*Mirando a ÁNGEL*) Si yo te contara...

LAURA.- ¿Y si espero aquí contigo?

JUAN.- Espera si quieres, que yo voy a ir a lo mío.

ÁNGEL.- Arrea, ya sé en lo que necesita ayuda este cabeza hueca. Juan, ¿no ves que esta chica te está cortejando?

JUAN.- ¿Qué dices?

LAURA.- Yo nada.

ÁNGEL.- Anda, panoli, haz lo que te mande, y deja de contestarme cuando te hablo.

LAURA.- ¿Espero entonces?

JUAN.- No sé.

ÁNGEL.- ¡Sí!

JUAN.- ¡Sí!

ÁNGEL.- Eso, eso. Ahora invítala a sentarse.

JUAN.- ¿Para qué? Ya sabe donde están las sillas.

LAURA.- Sí lo sé, hombre. Ya me siento. Estás muy raro hoy, ¿eh?

ÁNGEL.- Pero, retírale la silla, imbécil. (*JUAN no se aclara y justo cuando se va a sentar LAURA, le quita la silla y LAURA se cae*) ¿Qué haces, papanatas?

JUAN.- ¿No me has dicho...? ¿Te has hecho daño, Laura?

LAURA.- Juan, vaya bromista que eres. Pero menuda culada me he pegado. (*JUAN la ayuda a levantarse*) Para eso me mandas sentarme, ¿eh? Me voy para mi casa, y cuando venga tu madre, que te dé la manteca, y me la vas a llevar, ¿vale?

JUAN.- Sí, sí, vale. Perdona. No sé lo que me pasó por la cabeza.

LAURA.- Pasan pocas cosas por esa cabeza. Hala, hasta luego.

ÁNGEL.- Pero, ¿la vas a dejar irse así?

JUAN.- ¡Es verdad! (*Toma el trapo y el unguento*) Laura.

LAURA.- ¿Sí?

ÁNGEL.- ¿Te parece que te dejará echarle el ungüento en la parte en que se ha hecho daño? Anda, anda, déjala irse y no lo estropees más.

JUAN.- Nada, nada, hasta luego.

LAURA.- Adiós. (*Se va*)

ÁNGEL.- Nunca he visto a alguien más torpe que tu con las mujeres. ¿Pero no ves que estaba coqueteando contigo?

JUAN.- ¿Laura? Si nos conocemos de toda la vida.

ÁNGEL.- Pues más con más. La tienes en el bote. Esa es mi misión, ayudarte a conquistarla.

JUAN.- Pero si a mi Laura ni me gusta. Es como una hermana.

ÁNGEL.- Ya me encargo yo de que no seáis parientes, para ver si luego emparentáis, pero de otra manera.

JUAN.- Que no, que no, que a mi las chicas...

ÁNGEL.- ¿No te gustan? ¡Arrea! ¿No serás un poco...?

JUAN.- No, no. Pero, me dan miedo. No me atrevo mucho a hablar con ellas.

ÁNGEL.- Pues aquí tienes a tu maestro. Yo siempre he sido una fiera para las mujeres. No se me resistía una. Bueno, hasta que di con mi novia, ¿eh? A partir de ahí, solo tuve ojos para ella. ¡Ay! Pobrecita mía. Pero, nada, nada, que no quiero ponerme triste. Ya sé mi misión en este mundo. Voy a ser tu celestino.

JUAN.- Si ya te digo que a mi las chicas...

ÁNGEL.- De eso también me encargo yo. Si me haces caso, vas a tenerlas comiendo en tu mano. Y Laura, la primera.

LUISA.- (*Entra*) Juan, tienes que ir a la estación, que está a punto de llegar tu tía.

JUAN.- Es verdad, no lo recordaba.

LUISA.- Pues apúrate, y la ayudas a traer la maleta. (*JUAN se dispone a irse*) ¿A dónde vas? ¿No me das un beso?

JUAN.- Madre, que me da vergüenza...

LUISA.- Anda, anda, que estamos solos. (*Le planta un par de besos y le hace un mimo*) Pero no te apures, que delante de más gente, no te los doy. Hala, (*Con una nalgada, ante la mirada burlona de ÁNGEL*) a la estación. (*Oscuro*)

Sexto cuadro

La estación. Entran ÁNGEL y JUAN.

ÁNGEL.- ¿Así que viene hoy una tía tuya?

JUAN.- La que tengo. ¿Sabes? Es igual que mi mamá.

ÁNGEL.- ¿También te va a dar besos y nalgadas? (*Ríe*)

JUAN.- Basta, ¿eh? Has venido todo el camino burlándote de mi. Mi mamá es muy cariñosa.

ÁNGEL.- Sí, hombre, sí, ya lo he visto.

JUAN.- Pues no te cuento más nada.

ÁNGEL.- No seas así, que no puedo entretenerme con otra cosa, que el único que me escucha eres tu. ¿De dónde viene tu tía?

JUAN.- De otra estación.

ÁNGEL.- Lo había intuido. Pero, ¿de qué lado?

JUAN.- No estoy seguro. Estaba en Argentina.

ÁNGEL.- ¿Y viene en tren? Caramba, con los de la FEVE. Pero, ¿han hecho un puente, o vienen bajo el agua?

JUAN.- No sé. A mi mi mamá me ha dicho que llegaba en tren, y que antes estaba en Argentina. No sé más nada.

ÁNGEL.- Está bien, está bien. ¿Y viene sola?

JUAN.- No, creo que viene con ella una muchacha que recogió de niña.

ÁNGEL.- ¿Tienes una prima?

JUAN.- Postiza, pero sí.

ÁNGEL.- Mira, me parece que ya llega el tren. (*Sonido del tren, miran a un lado*)

JUAN.- ¡Ahí está!

ÁNGEL.- Cáspita, sí que es igual. Como que deben ser gemelas.

JUAN.- ¡Tía! ¡Tía! ¡Aquí!

ÁNGEL.- Con esas voces va a venir hasta alguna que no tenga ni sobrinos.

JUAN.- (*Entra CARMEN, la tía de JUAN, la misma persona que encarna a LUISA, aunque no es necesario, podría ser perfectamente otra persona*) ¡Tía!

CARMEN.- ¡Juan! ¡Vaya chicarrón estás hecho! ¡Dame un par de besos! (*Se los da, como la madre, y le hace el mismo mimo, mientras ÁNGEL se parte de risa*)

ÁNGEL.- ¡Igualita, igualita!

CARMEN.- Ahora mismo viene tu prima con las maletas. ¡Ya tenía una gana de conocerte!

ÁNGEL.- A ver, Juanillo, que esta igual te da las nalgadas, en vez de los besos.

CARMEN.- (*Hacia afuera*) ¡Aquí, niña! ¡Aquí!

ÁNGEL.- Juanito, adelanta tiempo y pon el culo en pompa. (*Se parte de la risa hasta que entra SARA con una maleta, lo que hace que se le corte en seco*)

CARMEN.- Esta es Sara, Juan.

SARA.- Hola, primo. (*Le da dos besos*)

JUAN.- (*A ÁNGEL, que tardará en salir de la sorpresa*) Y sin nalgadas.

ÁNGEL.- Pero, pero... esta es...

SARA.- Tenía razón mi madre. Vaya hombretón estás hecho.

JUAN.- (*Presumido*) Soy muy fuerte. Cuando me peleo con la mula, no tardo ni un minuto en tumbarla.

SARA.- (*Ríe*) ¡Que gracioso eres!

JUAN.- Si, soy muy gracioso. Sé una cantidad de chistes... Como el del toro que iba con su dueño... No, era el dueño que iba a comprar un toro... Que el toro iba a la tienda... Buf, buenísimo. ¡Sé una de ellos!

SARA.- Pues me los tienes que contar, que me gustan mucho. ¿Serías tan solícito de llevarme la maleta?

JUAN.- (*Sin cogerla*) ¡Vaya! Soy muy solícito. No hay otro en el pueblo más solícito que yo. Solícito... (*A ÁNGEL*) ¿Tu sabes qué es eso?

CARMEN.- Entonces, vamos, coge las maletas y vamos para tu casa.

JUAN.- Ah, solícito es maletero. (*A ÁNGEL*) Esa debe ser una palabra de Argentina. (*A ellas*) Id yendo. (*Avanza un poco, pero para a ver a ÁNGEL aún boquiabierto*) ¿Qué te pasa?

ÁNGEL.- Esa chica es... Es... (*Intenta hablar pero no puede, y se oye un trueno*) ¡Cuernos! La regla esa.

JUAN.- Es guapa, ¿eh? Mira, no sé si al final sí que me vas a hacer falta de celestino. ¿Vamos?

ÁNGEL.- ¿Qué? (*Mira al cielo*) Esto no está bien, ¿eh? Pero que nada, nada bien. (*Salen mientras se hace oscuro*)

Séptimo cuadro

Un prado. JUAN cuida el ganado y ÁNGEL, a su lado, malhumorado.

JUAN.- ¡Estrella! ¡La madre que te parió...! Ven acá, que la hierba del vecino sabe igual que la nuestra. ¡Que además ahí es donde mean tolos niños! ¡Pinta! Deja de rascarte contra esa vaya, que no tienes piojos. ¡Morena!

ÁNGEL.- ¿Dejarás de dar voces?

JUAN.- No sé cómo va a cuidar alguien el ganado sin dar voces. ¿Hablándoles a la oreja? A ver si después la gente dice que soy el hombre que susurraba a las vacas.

ÁNGEL.- Mejor el hombre que aburría a las piedras.

JUAN.- Llevas unos días muy apesadumbrado.

ÁNGEL.- Son asuntos míos.

JUAN.- Ah, claro, serán temas celestiales, ¿no?

ÁNGEL.- Anda, déjame en paz, y sigue dándoles voces a las vacas.

JUAN.- ¡Estrella! ¡A que voy allá y te reviento el espinazo!

ÁNGEL.- Ve, hombre, ve, a ver si así descanso un poco las orejas.

JUAN.- Es una pena que estés tan triste, porque yo estoy ahora como unas castañuelas.

ÁNGEL.- (*Con sonrisa falsa*) No sabes lo que me alegro.

JUAN.- Y eso que no sé por qué, ¿eh? Porque yo siempre he sido feliz en mi casa, ¿sabes? Yo, con mi mamá, cuidando el ganado...

ÁNGEL.- Hala, a aguantar otra vez el mismo rollo. Ya lo sé, Juan, ya lo sé. Y la pequeña paga de tu papá y bla bla bla. ¡Qué peñazo de hombre!

JUAN.- Pero estos tres últimos días, no sé qué pasa, que ando más contento que de costumbre. Hasta ayer he comido el repollo de buena gana, y eso que no puedo ni tragarlo.

ÁNGEL.- Sí, es un misterio.

JUAN.- Non, era puchero, creo.

ÁNGEL.- (*Mira al cielo*) ¿No habrá manera de volver al pulguero ese donde estaba?

JUAN.- Quisiera yo saber por qué... (*Mira a un lado, y se le ilumina la cara*) ¡Sara!

ÁNGEL.- Vaya, ¿te has dado cuenta tu solo?

JUAN.- (*Sin hacerle caso a ÁNGEL va al encuentro de SARA, que le trae algo en una cesta*) ¡Hola, Sara!

SARA.- Hola, Juan. Me ha mandado tu mamá que te traiga la merienda.

ÁNGEL.- (*Con cara de pocos amigos*) ¿Y no la ha podido traer ella? Con la excusa de la artrosis se vuelven las viejas de un holgazán...

SARA.- Y entonces, como está tan bello el día, me he dicho. ¿Y si meriendo yo también?

JUAN.- Esto... ¿No te apetecería quedarte aquí conmigo a merendar?

SARA.- Gracias por la invitación, pero aquí tenía pensado merendar. Contigo.

ÁNGEL.- ¿El qué? No, no, de eso nada, Juan, que tienes que cuidar el ganado. ¡Mira, mira! Que la Estrella está pasando a la finca del vecino. (*Mira a la vaca*) ¡La madre que...! Ahora que tenías que escapar estás pastando tan ancha.

SARA.- ¿Nos ponemos aquí? (*Saca un mantel de la cesta, y otras cosas, y lo pone en el suelo*) ¿Las vacas no molestarán?

JUAN.- No, son muy buenas.

ÁNGEL.- ¡Eso ya lo veremos! (*Va a un lado, e intenta espantar a una vaca*) ¡Arre, arre! Eso es para los burros, porras. ¡Ichs, ichs! Si no estaba claro que los bichos no me oyen, ahora está transparente. (*Va hacia ellos, y sigue la conversación con cara de pocos amigos*)

SARA.- ¡Qué bello está el día!

JUAN.- Sí.

ÁNGEL.- No entiendo que ve en ti. Cualquiera le habría dicho ahora: Pero está más bello desde que has llegado, pero tu, zopenco...

JUAN.- ¿Eh? (*A SARA*) Pero está mucho más bello desde que has llegado.

SARA.- (*Encantada*) Qué cosas más bonitas dices.

ÁNGEL.- ¿Quién? ¿Este panoli? Y no me copies lo que digo, ¿eh?

SARA.- Voy a coger un poco de agua fresca ahí a la fuente. (*Se va*)

ÁNGEL.- Oye, cenutrio, ¿qué es eso de tontear con esta chica?

JUAN.- ¿Y por qué no tendría que tontear?

ÁNGEL.- Porque es... porque es... (*Suena el trueno. Mira arriba*) Ya te podrías meter la regla esa en el sagrado ojo del... (*A JUAN*) Porque sois primos. ¿Cómo vas a cortejar a una prima? ¿No ves que después la sangre va empeorando?

JUAN.- ¿Qué le pasa? ¿Cuaja?

ÁNGEL.- Tu madre sí que debió de casarse con un primo, pero bien cercano. Que no puedes estar con una prima.

JUAN.- Es postiza.

ÁNGEL.- Buf, peor me lo pones. Lo peor de lo peor.

JUAN.- Pues a mi me parece que no hago mal a nadie estando con ella. Y a ella también le agrada estar conmigo.

ÁNGEL.- ¿Que le va a agradar, hombre? Eso son imaginaciones tuyas.

SARA.- (*Vuelve con el agua y se sienta*) ¡Ay, Juan! No sabes lo que me agrada estar aquí contigo.

JUAN.- (*A ÁNGEL*) ¿Qué?

SARA.- Que me agrada mucho estar aquí contigo.

ÁNGEL.- Bah, porque eres entretenido, y se aburre, pero para otra cosa...

SARA.- ¿Puedo contarte una cosa en confianza? (*JUAN mira a ÁNGEL con gesto de "ahí lo tienes"*)

JUAN.- Claro, Sara.

ÁNGEL.- Será una tontería.

SARA.- Pero es una cosa muy, muy íntima.

ÁNGEL.- Me valdría más estarme callado.

JUAN.- Estoy en ascuas.

ÁNGEL.- Más bien en Babia, pero bueno.

SARA.- Verás, hace unos meses estaba prometida con un chico. (*A ÁNGEL le cambia la cara*) ¡Más salado! ¡Y más bueno!

JUAN.- (*Un poco desilusionado*) ¿Aún estás prometida?

SARA.- No. Murió el pobre. Un golpe de mar.

JUAN.- ¡Qué bien! Digo... ¡Vaya por Dios! Uno del pueblo murió también de un golpe de calor. Los golpes son muy malos. A mi una vez una vaca me dio uno...

ÁNGEL.- Ahora que tendrías que estar callado, ¿te pones a darle a la sin hueso?

SARA.- Nos queríamos mucho, ¿sabes? Nos íbamos a casar. Solo nos faltaban dos semanas cuando tuvo el accidente. Y todo por salvar a un vecino. Se metió en el acantilado cuando más bravo estaba el mar. Fue un héroe.

JUAN.- Yo una vez bajé un gato de un aliso...

SARA.- Lo pasé muy mal. Lloré día y noche, hasta que ya no me quedaron lágrimas. Pero el tiempo lo ha ido curando, como lo cura todo.

JUAN.- Mi mamá me da con un trapo y un ungüento que tiene.

SARA.- Yo pensé que jamás iba a volver a ser feliz, pero... (*Con vergüenza*) Desde que he venido a esta aldea...

JUAN y ÁNGEL.- (*A la vez, JUAN emocionado, ÁNGEL aterrado*) ¿Qué?

SARA.- Pues...

CARMEN.- (*Desde fuera*) ¡Sara, Sara! Ven, anda.

SARA.- Es mi madre. Te dejo merendando. Hablamos más tarde. (*Se va corriendo*)

JUAN.- *(Que se levanta muy contento)* ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla!

ÁNGEL.- *(Desesperado)* ¡Qué desastre! ¡Qué desastre!

JUAN.- Si pudiera, te daba ahora mismo un abrazo.

ÁNGEL.- Es que si pudiera, te daba a ti un guantazo.

JUAN.- No te entiendo. ¿Por qué te parece tan mal que a mi me guste Sara? ¿No es guapa?

ÁNGEL.- No la hay más.

JUAN.- ¿Y buena?

ÁNGEL.- Como no hay otra.

JUAN.- ¿Entonces?

ÁNGEL.- Porque... *(Suena el trueno)* ¡Ya está bien de tanto trueno!

JUAN.- ¿Truenos? Si está el día precioso, no hay una nube en el cielo.

LAURA.- *(Pasa sin parar, pero saluda con gracia)* ¡Hasta luego, Juan! *(Sale)*

ÁNGEL.- ¡Eso es! ¡Que a punto has pasado, Laura! No puedes cortejar a Sara... Porque Laura está enamorada de ti. A mi me ha mandado Dios aquí a la Tierra para que os empareje a ti y a Laura.

JUAN.- Pero...

ÁNGEL.- ¿Vas a llevarle la contraria a Dios? Que igual te manda un rayo de esos que manda él. Tu tienes que ser para Laura, y no se hable más. Y anda, vamos a por la Estrella, que te has despistado, y la tienes bajando la cuesta de la Reguera.

JUAN.- ¡Porras! ¡Estrella! *(Sale corriendo tras ella, con ÁNGEL detrás. Oscuro)*

Octavo cuadro

La cocina, LUISA haciendo algo, y SARA sentada a la mesa, desayunando.

Entra JUAN, con ÁNGEL tras él.

LUISA.- Buenos días, hijo. Siéntate con tu prima, que enseguida te pongo el desayuno.

SARA.- Buenos días, Juan.

JUAN.- Hola, Sara.

ÁNGEL.- Oye, ¿qué hemos estado hablando? Hay que alejarse un poco.

JUAN.- Ah, perdona. *(Se va más lejos de ella)* Hola, Sara.

SARA.- Te he oído la primera vez, pero si quieres que te oiga mejor, tendrás que acercarte, no alejarte.

LUISA.- Hala, hijo, siéntate. (*JUAN se sienta, con ÁNGEL leyéndole la cartilla*)

ÁNGEL.- No seas animal, Juanillo. Lo de guardar las distancias quiere decir tener un trato amable, pero sin muchas confianzas. A partir de ahora, nada de llamarle Sara. Tienes que llamarla prima.

ÁNGEL.- (*Un poco molesto*) Es postiza.

LUISA.- No, es pan con leche, como siempre.

ÁNGEL.- Perdona, madre, pensaba en voz alta.

SARA.- ¿Has dormido bien, Juan?

JUAN.- Muy bien, Sara.

ÁNGEL.- ¡Prima!

JUAN.- ¡Postiza!

SARA.- ¿Eh?

JUAN.- Nada, nada. He debido soñar toda la noche con esa palabra.

SARA.- El día está precioso hoy, ¿eh? Podríamos salir a coger bayas.

JUAN.- Si te apetece...

ÁNGEL.- Pero, ¿este acémila que entenderá por guardar las distancias?

LAURA.- (*Entra*) ¿Se puede?

LUISA.- Pasa, hija, pasa. ¿Has desayunado?

LAURA.- Sí, gracias, doña Luisa. ¿Esta es su sobrina?

LUISA.- Sí. Es Sara.

SARA.- (*Se levanta y saluda*) Hola.

LAURA.- Yo soy Laura.

LUISA.- Mi hermana aún está acostada, pasó mala noche.

ÁNGEL.- Juan, vamos, a esta es a la que tienes que cortejar. Mándala que se siente.

JUAN.- ¡Cállate de una vez!

LUISA.- ¡Juan!

JUAN.- No, madre, no se lo decía a usted.

LAURA.- ¿No estarás otra vez con lo que tu y yo sabemos? ¿Recuerdas que hemos hablado que no existen...?

JUAN.- Si lo recuerdo, sí.

LUISA.- Voy a ir a la habitación a ver cómo está mi hermana. Anda, Laura, siéntate y come algo, hija, no los veas desayunar, y tu ahí mirando. (*Se va*)

LAURA.- ¿Me siento entonces?

ÁNGEL.- Sé un caballero y pídele que se siente, y ofrécele algo.

JUAN.- (*Entre dientes*) Que me dejes en paz.

LAURA.- ¿Qué quieres, que me vaya?

JUAN.- No, no, siéntate, Laura. (*LAURA se sienta donde estaba JUAN*)

ÁNGEL.- Juanillo, que... ¡Que si no haces caso vas a ir al infierno! ¡Que esto es orden del de arriba!

JUAN.- ¿Cómo?

LAURA.- ¿No quieres que me sienta? Ah, que aquí estabas tu.

JUAN.- Siéntate, Laura, siéntate. Esto... Perdonadme un segundo. (*Aparte a ÁNGEL*)
Eso del infierno, no será verdad, ¿no?

ÁNGEL.- No se puede contradecir al de arriba, Juan.

JUAN.- ¿Y el infierno es muy malo?

ÁNGEL.- Buf, no lo sabes bien. Allí... Esto... Te meten en unas cacerolas y te asan.

JUAN.- ¿Cómo un cochinitillo?

ÁNGEL.- No seas imbécil. Vas a pasar tormentos terribles.

JUAN.- Pero eso no puede ser. Mi mamá siempre me ha dicho que si era bueno, iría al cielo, y yo soy bueno.

ÁNGEL.- ¿Va a saber tu madre más que yo? Soy un ángel.

JUAN.- Pero no tienes alas. ¡Ni puedes volar! Tu como mucho eres un ángel de segunda categoría.

ÁNGEL.- ¿Cómo? ¡A que te parto la cara!

JUAN.- ¡Atrévete! (*En guardia*)

ÁNGEL.- (*Intenta pegarle, pero no puede ni tocarlo*) ¡Porras! Ah, pero espera. (*Saca el frasco y bebe. Música y/o luz*) Prepárate, que ahora vas a saber lo que vale un peine.

JUAN.- Un peine vale uno cincuenta.

ÁNGEL.- Unas cincuenta te van a caer a ti ahora. (*Vuelve a intentar pegarle, pero sigue sin poder*) ¡Narices! Esta pócima no vale para nada. ¡Pues te insulto!
¡Estúpido! ¡Panoli!

JUAN.- (*Haciendo pasos de boxeo*) Vamos, valiente, vamos.

ÁNGEL.- Ahí te quedas, pesado, no te aguanto más. (*Se va*)

LAURA.- Juan, ¿qué haces?

JUAN.- Esto... ¡Gimnasia! La hago todos los días. (*Más pasos más de boxeo*) Para estar en forma, ¿no sabéis?

ÁNGEL.- (*Entra por el otro lado*) Si el tonto soy yo, que no acabo de escarmentar con lo de irse de un lugar.

SARA.- Anda, siéntate a desayunar con nosotras y deja la gimnasia para después.

ÁNGEL.- (*Al lado de JUAN*) No podré separarme de ti, pero me vas a aguantar. ¡Desgraciado! ¡Acémila!

LAURA.- ¿Vienes, Juan?

ÁNGEL.- De segunda categoría, ¿eh? Vas a saber lo pesado que puede ser un ángel de segunda. ¡Asno! ¡Espantapájaros!

JUAN.- (*Desesperado*) ¡Ya! ¡Ya! ¡Basta! Para ti la perra gorda, pero por Dios, cállate. Perdonadme. (*Se va con ÁNGEL detrás*)

SARA.- ¿Qué le pasa?

LAURA.- No sé, está muy raro estos días.

SARA.- No es la primera vez que lo veo que da la impresión de que habla con alguien, pero no hay nadie.

LAURA.- Juan siempre ha sido muy imaginativo, y de niño siempre tenía amigos invisibles. Igual no ha perdido del todo la costumbre.

SARA.- (*Preocupada*) ¿No está... bien?

LAURA.- No, mujer, está muy bien. Es un poquito inocente, pero es muy bueno. (*Con media sonrisa*) Parece que te preocupas mucho por Juan.

SARA.- Es tan buen chico... Y estoy tan a gusto con él. Ya hacía mucho tiempo que no estaba así, desde... lo que pasó.

LAURA.- ¿Qué ocurrió?

SARA.- No es fácil de recordar. Estaba a punto de casarme con un chico, y a dos semanas de la boda, se mató en un acantilado, rescatando a un vecino.

LAURA.- ¡Cómo lo siento!

SARA.- Aquel estaba siendo el día más feliz de mi vida. Jamás me había dicho nadie lo que me dijo aquel día.

LAURA.- ¿Qué te dijo?

SARA.- Que quería que fuera feliz, que no me faltase de nada, que caminásemos juntos hacia adelante, y que llegásemos a viejos igual que estábamos allí.

LAURA.- ¡Qué bonito!

SARA.- Y al final me dijo que si yo tenía todo eso, él ya estaría feliz en este o en el otro mundo. No supe porqué me había dicho esto del otro mundo. Parece que sabía lo que le iba a pasar.

LAURA.- Quédate con el momento, y, ¿quién sabe? A lo mejor todavía lo puedes hacer feliz. Al fin y al cabo, si logras todo eso, te había dicho que sería feliz allá donde estuviera, ¿no?

SARA.- Sí, puede que tengas razón. Lo pasé muy mal durante mucho tiempo, pero, estos días...

LAURA.- Con Juan.

SARA.- Sí. A ti no te importará, ¿verdad?

LAURA.- ¿A mi? No, Sara. Juan y yo somos como hermanos. Y no sabes lo que me alegro por vosotros. Nunca he estado segura de si Juan encontraría alguna mujer que lo quisiera, pero me parece que eso ha cambiado, ¿verdad?

SARA.- ¿Y a ti te parece que él...?

LAURA.- No sabría decirte, pero seguro que dentro de la cabeza de Juan hay una voz que le está diciendo que tu eres la mujer que le conviene

SARA.- ¿Tu crees?

LAURA.- Seguro. ¿Qué otra cosa le podría estar diciendo? (*Oscuro*)

Noveno cuadro

El campo. JUAN afila un palo, mientras ÁNGEL está a su lado.

ÁNGEL.- La chica que te conviene es Laura, hazme caso.

JUAN.- ¡Déjame en paz!

ÁNGEL.- Vale, te dejo, te dejo. (*Una pausa*) Pero, tenemos claro que la chica que te conviene...

JUAN.- ¡Que me dejes!

ÁNGEL.- Bueno, bueno. Está dejado. (*Pausa*) ¿Qué haces?

JUAN.- ¡Me tienes hartos!

ÁNGEL.- Y eso que ni has desayunado.

JUAN.- ¿Cómo no vas a darle la brasa a la Estrella? A ella igual le interesa más lo que dices que a mi.

ÁNGEL.- La Estrella va media hora que está en el prado de Venancio.

JUAN.- ¡Pues que le aproveche! Anda, ve tu también a pastar con ella.

ÁNGEL.- Si lo hago por ti, Juan, que a mi ni me va ni me viene, pero son órdenes del de arriba, y claro, no puedo hacer nada.

JUAN.- Por última vez te lo pido. ¡Déjame en paz!

ÁNGEL.- Está bien, ya te dejo. (*JUAN sigue a lo suyo. ÁNGEL saca el frasco*)
¿Cómo diablos se usará el dichoso frasco? (*Lo mira por todos lados*) Ni
instrucciones, ni composición. Esto lo han hecho los chinos seguro.
(*Destapa y huele*) ¿Habrá que decir algo mágico? ¡Abracadabra! Lo veo
igual, tipo agua sucia. A ver... (*Echa un traguito. Luz y/o sonido*) Si me
como el palo de Juan me hace el mismo efecto. (*Juan le mete el palo en la
boca a ÁNGEL*) ¿Qué haces?

JUAN.- No sé. De pronto, no he podido resistirme a darte a comer el palo. Ni siquiera
estaba pensando en ello.

ÁNGEL.- Pero... Un momento. ¡Eso es! Hay que decir lo que quiero. Por eso en casa el
tontolaba este me dijo lo que valía un peine, porque se lo había dicho yo.
(*Se levanta*) ¡Volar! (*Toma carrera y echa a "volar" y vuelve a pegarse
una costalada*) ¡Ay, con lo fácil que lo hacen los gorriones!

JUAN.- ¿Qué haces?

ÁNGEL.- Experimentos. ¿No estabas tan enfadado conmigo? ¡Hala, a lo tuyo!

JUAN.- Es verdad. ¡A mi ni me hables! (*Sigue a lo suyo*) Puf, ahora este palo está
chupado... (*Toma otro y lo afila*)

ÁNGEL.- A ver. He dicho lo del palo, y se ha hecho, y lo del peine, también, pero lo de
volar, no, pero... ¡Porque no he bebido! (*Mira el frasco*) Ese es el truco,
¿verdad? Espera, vamos a probar con algo menos peligroso, que no tengo
ganas de darme otro castañazo. A ver. (*Bebe. Luz y/o sonido*) Quiero que la
Estrella bale como una oveja (*Se oye el balido de una oveja*) ¡Sí! ¡Sí! ¡Ya
está pillado! (*Bebe. Luz y/o sonido*) ¡Quiero volar! (*Carrera y el costalazo
habitual. Desde el suelo*) Esto también está pillado. Volar va a ser que no.
(*Mira el frasco*) ¡Arrea, me queda menos de la mitad! Tengo que ahorrar
para cuando me haga falta de verdad.

LAURA.- (*Entra por un lateral*) Hola, Juan.

JUAN.- Hola.

LAURA.- No me creerás, pero me ha parecido que la Estrella se ponía a balar como una
oveja. ¿Puedo sentarme?

JUAN.- Claro, Laura, siéntate.

LAURA.- ¿Estás enfadado conmigo? Tienes una cara...

JUAN.- No, no, Laura. Son cosas mías.

LAURA.- Juan, ¿recuerdas lo que hablamos de los amigos invisibles?

JUAN.- Sí, Laura, ya sé que no los hay. No hablo con nadie, es que a veces... digo en voz alta lo que estoy pensando.

LAURA.- Buf, no sabes lo que me alivia oír eso. Pero he venido a hablarte de otra cosa.

JUAN.- ¿De qué?

LAURA.- Tu y yo somos de una quinta, ¿no?

JUAN.- Si, yo un poco más mayor.

LAURA.- Y, claro, llegados a estos años, es normal empezar a... tener pretendientes.

ÁNGEL.- ¡Arrea! Laura se lo está poniendo en bandeja. Ni que yo se lo mandase.

LAURA.- A ti... ¿No hay ninguna chica que te guste?

JUAN.- Pues...

LAURA.- A mi me lo puedes contar. ¿No somos amigos?

ÁNGEL.- Vamos, Juanillo, da el paso.

JUAN.- Pues... sí.

LAURA.- Lo suponía. ¿Y quieres saber una cosa? A mi también me parece que tu le gustas a una chica.

ÁNGEL.- Bien, bien. Un poquito más y...

JUAN.- No creo.

LAURA.- ¡Sara está enamorada de ti!

ÁNGEL.- (*Alegre*) ¡Bien hecho! (*Se da cuenta de la situación*) ¿Qué?

JUAN.- No, no creo.

LAURA.- Si, Juan, lo sé, me lo ha dicho ella.

ÁNGEL.- Pero, ¿cómo va estar enamorada de este papanatas?

JUAN.- ¿De verdad?

LAURA.- De verdad. Y tu, ¿a que también sientes algo aquí? (*En su corazón*)

ÁNGEL.- En el mío taquicardias. (*Se lo toca*) ¡Ahí va! Si no tengo ni pulso.

JUAN.- No me estarás tomando el pelo, ¿eh?

LAURA.- Juan, ¿quién te quiere más que yo? No te tomaría el pelo con una cosa de estas por nada del mundo.

JUAN.- Pero yo creí que tu... (*A ÁNGEL*) ¿No decías...?

ÁNGEL.- (*Lo corta*) Ahora no es el momento de esas cosas.

LAURA.- Creo que debieras de ir a hablar con ella.

ÁNGEL.- No, eso no, que la Estrella ya está casi en Langreo. No lo hagas, Juan.

JUAN.- ¿Y el ganado?

LAURA.- Yo lo cuido mientras. Vamos, a por ella.

JUAN.- Gracias, Laura. ¿Puedo darte un beso?

LAURA.- ¡Puedes darme dos! (*Se los da*) ¡Como me alegro por ti!

ÁNGEL.- Sí, estamos para echar un baile. No me sale una a derechas.

JUAN.- Voy sin perder un instante. ¡Gracias, Laura! (*Sale corriendo, con ÁNGEL detrás refunfuñando*)

LAURA.- ¡Te lo mereces, Juan! ¡Estrella! ¡Me cago en tu estampa...! (*Se vuelve a oír una oveja*) Pero... No, no, no puede ser ella... (*Sale al lateral y oscuro*)

Décimo cuadro

La cocina. SARA sentada a la mesa, haciendo algo, y entra JUAN, con ÁNGEL detrás, que le viene comiendo la oreja, sin que JUAN le haga caso.

ÁNGEL.- Piénsalo bien. Laura no lo sabe, pero es la mujer que te conviene. Es que tu pones tan poco espíritu. Te pide un par de besos, y se los das en los mofletes, sin una gota de salsa.

JUAN.- ¡Sara!

SARA.- ¡Juan!

ÁNGEL.- ¡Piénsalo bien! Además, ¿no ves que Sara está gorda y tiene les narices torcidas? Laura en cambio es guapa, y tiene una naricilla...

JUAN.- (*A ÁNGEL*) Pues cástate tu con ella. (*A SARA*) Sara, acaba de hablar conmigo Laura. ¿Es verdad todo lo que me ha dicho?

ÁNGEL.- Que diga que no, que diga que no.

SARA.- No sé qué te diría, pero si te ha dicho que estoy enamorada por ti, no ha dicho ninguna mentira.

ÁNGEL.- ¡Cuernos! Juan, piensa en el infierno, y en las cacerolas...

JUAN.- ¡Sara! (*Se toman de las manos*) Me haces el hombre más feliz del mundo.

ÁNGEL.- Esto no me puede estar pasando a mi. (*Mirando arriba*) Preferiría ir de frente al infierno que pasar por esto. Mira, ahora sí entiendo eso de la "gracia" de Dios.

SARA.- Claro está, tienes que hablar con mi madre, y tiene que darte permiso para cortejarme.

JUAN.- Hablo si hace falta con el Papa.

ÁNGEL.- Con el Papa, sí. No me haces caso a mi, vas a hacerle caso a alguien más bajo en el escalafón que yo.

SARA.- ¡Qué feliz soy, Juan! Si mi madre no pone ningún impedimento, apalabramos una fecha para la boda. Pero seguro que dirá que sí.

ÁNGEL.- ¿Que sí? Aún estoy yo aquí para evitarlo. (*Saca el frasco*) Queda poco, pero tiene que ser de sobra.

SARA.- Voy a ir a buscarla, y hablas con ella, ¿vale? ¡No me aguanto más! (*Sale*)

ÁNGEL.- A ver, a ver, Juan, ¿a ti no te parece esto muy precipitado?

JUAN.- A mi esto me parece maravilloso.

ÁNGEL.- Que vas a ir al infierno, hombre.

JUAN.- A cambio de estar con ella aquí en la tierra aunque solo sea un día, me paso la eternidad en el peor de los infiernos.

ÁNGEL.- (*Serio*) ¿Por qué has dicho eso?

JUAN.- Porque es la verdad. ¿Qué pasa?

ÁNGEL.- Nada, que una vez yo dije eso mismo. Y se lo dije... (*Suena el trueno*)

JUAN.- Entonces tienes que entender lo que siento.

SARA.- (*Entra con CARMEN*) Aquí está mi madre, Juan. Siéntate, madre. Te voy a echar un poquito de agua, por si acaso tienes sed. (*Lo hace*) Os dejo solos para que habléis. (*Sale*)

CARMEN.- Me ha dicho Sara que quieres hablar conmigo, Juan.

JUAN.- Sí, siéntese, tía.

ÁNGEL.- No, no y no. No puedo. ¡No lo hagas, Juan! Por favor te lo pido.

JUAN.- Ni los infiernos me echan atrás.

CARMEN.- Vaya, estás bien decidido.

JUAN.- Pensaba en voz alta, tía. Verá, quería hablarle de Sara. No sé muy bien por dónde empezar.

ÁNGEL.- ¡Que no, y que no! (*Al lado de CARMEN*) ¡No lo escuche, Carmen! ¡No lo escuche!

CARMEN.- Por el principio, Juan.

JUAN.- Verá, desde que llegaron usted y Sara, pues, bueno...

ÁNGEL.- ¡No lo escuche, Carmen! ¡No le haga caso! (*Bebe del frasco. Sonido y/o luz*)
¡No lo escuche!

CARMEN.- Habla, sobrino.

JUAN.- Estoy loco por Sara, tía. Quiero hacerla mi esposa.

CARMEN.- No te he oído ni una palabra. ¿Quieres hablar un poco más alto?

ÁNGEL.- Dios, que esto funciona.

JUAN.- Que estoy enamorado de Sara, tía.

CARMEN.- (*Rasca una oreja*) Igual es infección, porque no te oigo nada de nada.

¿Qué?

JUAN.- (*A ÁNGEL*) ¿Que le has hecho a mi tía?

ÁNGEL.- ¿Yo? No sé de qué hablas...

JUAN.- ¿La has dejado sorda para que no me case con Sara? ¿Y tu eres un ángel?

ÁNGEL.- De la guarda, creo.

JUAN.- Tu lo que eres es un miserable.

CARMEN.- (*Espantada*) ¡Juan! ¿Por qué me dices eso? ¿Qué te he hecho?

JUAN.- ¡Ahí va! No, no tía, que la veía que no oía... y estaba echándole pestes al microbio ese que tiene. ¡Es un miserable!

CARMEN.- No sé si será cera, porque me he rascado y ya oigo.

ÁNGEL.- Vaya, que pronto se ha pasado el efecto. Hay que buscar otra manera.

JUAN.- En fin, tía, lo que le estaba diciendo es que...

ÁNGEL.- (*Bebe. Sonido y/o luz*) ¡Que Juan diga las cosas al revés!

JUAN.- Que Sara morado ena de estoy ella.

CARMEN.- ¿Qué?

JUAN.- Loco Sara por estoy que. ¿Me no oye?

CARMEN.- No te entiendo ni una palabra.

JUAN.- (*Señalando su oreja*) ¿Sorda estar a vuelve?

CARMEN.- No, sobrino, te oigo, pero no te entiendo, estás hablando muy raro. (*JUAN mira enfadado a ÁNGEL*)

JUAN.- Poco un espere. (*Se levanta y toma un papel y un lapicero. Vuelve a la mesa y le escribe a CARMEN lo que quiere decirle*)

ÁNGEL.- La madre que lo... Se le van a ocurrir ahora estas cosas. (*JUAN acaba y le da el papel a CARMEN. ÁNGEL bebe, sonido y/o luz*) ¡Coger cosas! (*Coge el vaso de agua y se lo tira encima a CARMEN*)

CARMEN.- ¿Qué haces?

JUAN.- Yo nada.

CARMEN.- Juan, ¿te parece bien dejarme empapada?

JUAN.- Yo no he sido, tía.

CARMEN.- ¿Ya hablas bien? O sea, primero haces como que hablas y no dices nada, luego me hablas en trabalenguas, y de remate, me tiras agua encima. ¡Hay que crecer, Juan! Ya no eres un crío. (*Se va*)

JUAN.- Tía... (*ÁNGEL muy satisfecho*) ¡Estarás contento!

ÁNGEL.- Hombre...

JUAN.- ¿No habrá manera de librarme de ti? ¿Tanto me odias que no puedes dejarme ser feliz?

ÁNGEL.- Pero si esto lo hago por ti.

JUAN.- (*Llorando*) ¿Por mi? Antes de que aparecieras tu, yo vivía bien. A mi manera, pero bien. Y entonces apareciste tu, "el ángel de la guarda" y no me traes más que desgracias. ¿A quién le he hecho daño yo?

ÁNGEL.- Juan...

JUAN.- Soy un pobre infeliz. ¿Piensas que no lo sé? Me he hartado de que los niños se hayan reído de mi toda la vida.

ÁNGEL.- En la escuela, ya se sabe.

JUAN.- ¿En la escuela? Los niños se ríen de mi todavía. Pero he aprendido a vivir con ello. En todos los pueblos hay un tonto del pueblo, y en este soy yo.

ÁNGEL.- No digas eso.

JUAN.- Lo soy, pero no tanto para no darme cuenta de ello. Y ahora, por una vez en mi vida, igual la única que voy a tener, tengo la posibilidad de ser feliz, y tienes que venir a fastidiármela. ¿Por qué? ¿Puedes explicarme por qué?

ÁNGEL.- Porque... porque... No, la verdad es que no puedo.

JUAN.- Gracias. Gracias por destrozarme la vida. Gracias por quitarme la única posibilidad de ser feliz. Gracias... ¡Gracias por nada! (*Queda sentado a la mesa llorando, con ÁNGEL sin saber qué hacer*)

SARA.- (*Entra un poco enfadada*) Juan, ¿qué le has hecho a mi madre? (*Cambia al verlo llorando*) ¿Qué te pasa?

JUAN.- Nada, Sara, nada.

SARA.- (*Lo consuela*) ¿Qué te pasa, Juan? ¿Qué tienes?

JUAN.- Que no quieren que tu estés conmigo.

SARA.- ¿Quién? ¿Mi madre? No digas eso, hombre. Está enfadada por lo que le has hecho, pero cuando le he dicho lo que ibas a decirle, ha supuesto que estabas nervioso, y que por eso te habrías alterado.

JUAN.- Entonces, ¿le parece bien?

SARA.- ¿Cómo no va a parecérsele? Mi madre, con tal de que yo sea feliz, pasa por lo que sea.

JUAN.- (*Mirando a ÁNGEL*) ¿Y estará todo el mundo de acuerdo? ¿Habrá alguien que a pesar de todo no quiera que tu y yo nos queramos?

SARA.- (*Lo abraza*) ¿Quién va a haber, Juan?

ÁNGEL.- Nadie, Juanillo, nadie va a impedir que seas feliz. Nadie en este mundo. Ni en el otro, que de ese ya me encargaré yo.

JUAN.- ¿De verdad?

SARA y ÁNGEL.- (*A la vez*) De verdad. (*Suena un trueno*)

ÁNGEL.- (*Mirando arriba*) ¡Eh, tu! ¿Qué he hecho mal ahora?

SARA.- Parece que va a haber tormenta.

ÁNGEL.- Uf, qué susto. Esta vez no ha sido el jefe.

SARA.- ¿Te parece que subamos a ver a mi madre, para que le pidas perdón? Bueno, y para que le pidas mi mano como es debido. (*JUAN mira a ÁNGEL*)

ÁNGEL.- Sin que tiemble la voz. Recuerda. Vale más estar aquí un día con ella...

JUAN.- Aunque tenga que pasar toda la eternidad en los infiernos.

SARA.- ¿Qué dices?

JUAN.- Nada, cosas mías. ¿Vamos? (*Sale con SARA. ÁNGEL queda en escena*)

ÁNGEL.- Vamos a ver como se arregla este Juanillo con la tía... (*Duda*) Un momento. ¿Cómo es que ha salido él de la sala y yo sigo aquí? (*Oscuro*)

Epílogo, parte uno

El cielo. ÁNGEL en la misma posición que tenía.

ÁNGEL.- ¿Y la cocina?

DIOS.- (*Entra por un lateral*) Buenos ojos te vean.

ÁNGEL.- ¡Cuernos, el jefe! ¿He armado algo? ¿El trueno era de tormenta, o era cosa tuya?

DIOS.- Nada, hombre, nada. ¿No puede uno tener una conversación amable con un amigo?

ÁNGEL.- Ah, ¿como amigos? Como la última vez me habías dejado con la palabra en la boca.

DIOS.- Te había dicho todo lo que tenías que saber. Con las reglas, tenías de sobra.

ÁNGEL.- Lo de las reglas es una puñeta, no lo voy a negar.

DIOS.- Y tenías la pócima. Bien malgastada, dicho sea de paso, pero que al final ha servido para lo que tenía que servir.

ÁNGEL.- ¿Y los trompazos que me he pegado intentando volar?

DIOS.- A ver, los efectos pasaban al momento. ¿Te imaginas echar a volar, y que te pasen los efectos? Entonces iba a ser más que un trompazo. Pero mira, has hecho balar una vaca como una oveja, aunque no creo que ese milagro salga en ningún libro.

ÁNGEL.- De momento no creo que me canonicen ni nada de eso, ¿no?

DIOS.- No creo, no.

ÁNGEL.- Entonces, ¿qué tal lo estoy haciendo? ¿Paso la prueba de ángel de la guarda?

DIOS.- Esto no era ninguna prueba, aunque sí se puede decir que has cumplido con lo que yo quería.

ÁNGEL.- ¿Ayudar a Juan? Me ha costado, ¿eh? No lo voy a negar.

DIOS.- ¿Juan? Juan se ayuda él solo de sobra. ¿Te parece que le hace falta un ángel?

ÁNGEL.- ¿Entonces?

DIOS.- No era Juan el que necesitaba ayuda. Eras tu.

ÁNGEL.- Ahora sí que no entiendo nada. Para ser Dios te explicas muy mal.

DIOS.- Vamos a ver. Si te hice volver a la tierra por unos días, y te hice volver a dónde has vuelto, no era porque Juan necesitase tu ayuda. Lo único que quería era que descansases en paz tu.

ÁNGEL.- En paz me parece que estoy descansando desde que rescaté a Calisto.

DIOS.- No, no descansabas en paz. Quedaba un pequeño detalle que te ataba todavía a la tierra.

ÁNGEL.- (*Comprende*) Sara.

DIOS.- No podía dejar que te fueras con esa sensación de que quedaba sufriendo, ni con la que tenías tu. ¿A que ahora si estás más preparado para abandonar el mundo?

ÁNGEL.- Preparado no me parece que esté nadie jamás, pero no te voy a negar que me voy mejor que antes. ¡Qué listo es este señor! Como se nota que es omni... omni... ¿Cómo es eso?

DIOS.- A dónde vas a ir, vas a aprenderlo. De hecho, lo vas a saber todo.

ÁNGEL.- Arriba, ¿no?

DIOS.- Según lo veis vosotros, sí, arriba. ¿Listo?

ÁNGEL.- Así que lo de ser ángel de la guarda...

DIOS.- Pero, ¿no ves que no tienes alas?

ÁNGEL.- ¡Lo sabía! Tantos pintores no pueden estar equivocados, aunque con lo del ojo ese en el triángulo...

DIOS.- Ahí no estuvieron muy finos, no. ¿Nos vamos?

ÁNGEL.- El caso...

DIOS.- Sabía yo que contigo esto no iba a ser tan sencillo.

ÁNGEL.- Es que si hubiera sabido que no iba a volver a ver a Sara, me habría despedido de ella.

DIOS.- Lo de hablar con Sara no va a poder ser.

ÁNGEL.- Hombre, que eres omni... omni...

DIOS.- Déjalo, déjalo. A ver qué se puede hacer.

Epílogo, parte dos

El acantilado. DIOS y ÁNGEL en la misma posición que tenían. SARA y JUAN donde estaban ÁNGEL y SARA al principio.

ÁNGEL.- ¡Arrea! Pero si los había dejado en la cocina.

DIOS.- Ya te he dicho que donde estábamos el tiempo va a otro ritmo.

ÁNGEL.- ¿Puedo hablar con Sara?

DIOS.- Te he dicho que no.

ÁNGEL.- Entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿Otra de las bromas de la "gracia" de Dios?

DIOS.- No, vas a hablar con ella, pero tendrás que hacerlo a través de Juan. Y mucho ojo, la cuarta regla sigue en pie.

ÁNGEL.- Pero tengo el frasco. (*Lo saca*) ¡Vaya por Dios! Perdona, es un decir. Está vacío. Me ha caído bien, por malgastarlo con la tía de Juan.

DIOS.- Es tu momento. Di lo que tengas que decir, y Juan hablará por ti.

ÁNGEL.- Juan, soy yo.

DIOS.- Que no, que no, que él tampoco te oye. Pero lo que quieras decir saldrá de su boca. Escoge bien las palabras.

ÁNGEL.- Pues si que... (*Mira a JUAN y SARA, sin que se le ocurra nada*)

SARA.- Aquí fue donde murió, rescatando a un vecino.

JUAN.- Murió como un héroe entonces.

SARA.- Sí, siempre había sido muy bueno para todo el mundo. ¿Vamos entonces a la Regalina, para que veas donde nos vamos a casar?

JUAN.- Contigo al fin del mundo.

SARA.- Por cierto, tu no tendrás un tío obsesionado con un cerdo, ¿eh?

JUAN.- No que yo sepa. ¿Y eso?

SARA.- Cosas mías. Gracias por dejarme que viniera aquí. Necesitaba despedirme antes de casarnos.

ÁNGEL.- Yo también.

JUAN.- Yo también.

SARA.- ¿Tu también?

JUAN.- No sé por qué me ha venido eso a la cabeza.

SARA.- ¿Nos vamos?

ÁNGEL.- ¡Espera!

JUAN.- ¡Espera!

SARA.- ¿Sí?

ÁNGEL.- Quiero decirte algo antes de irnos.

JUAN.- *(Comienza después que ÁNGEL pero termina la frase a la vez)* Quiero decirte algo antes de irnos.

SARA.- Dime.

JUAN y ÁNGEL.- *(A la vez)* Quiero que seas feliz, todo lo feliz que te pueda hacer un hombre. Quiero que jamás te falte de nada, ni dinero, ni cariño. Quiero que los dos caminemos juntos hacia adelante, y saltemos juntos lo que se nos ponga por delante. Y quiero que lleguemos a viejos igual que estamos los dos aquí ahora, enamorados.

SARA.- Juan...

ÁNGEL.- Si lo tienes tu, a mi ya me hará feliz, no necesitaré más en este mundo, ni en el otro.

JUAN.- Si lo tienes tu, a él ya lo hará feliz, no necesitará más en este mundo, ni en el otro.

SARA.- ¿A él?

JUAN.- ¿A él? No sé por qué he dicho eso. Quería decir a mi.

SARA.- ¡Juan! *(Se besan)*

DIOS.- No ha sido tan difícil.

ÁNGEL.- No. No lo ha sido. Es una pena que no tenga nada en el frasco, porque me gustaría hacer algo.

DIOS.- Mira a ver. *(ÁNGEL lo saca, y está lleno)*

ÁNGEL.- Hombre, esto sí, esto sí es ser omni... omni...

DIOS.- Déjalo y bebe. (*ÁNGEL bebe, y suenan y se ven fuegos de artificio sobre JUAN y SARA, que ven de espaldas al público, abrazados*)

ÁNGEL.- ¿Cómo has sabido que no iba a hacer nada raro?

DIOS.- Soy omni...eso. Ya lo sabes. En fin, es el momento. ¿Nos vamos?

ÁNGEL.- Todavía quisiera hacer una última cosa.

DIOS.- ¿Otra? Pides tu más...

ÁNGEL.- Más que un cura, y ahí no me dirás tu nada, ¿no?

DIOS.- Tendría mucho que hablar de eso. Pero bueno, ¿qué quieres ahora?

ÁNGEL.- (*Echa a andar y sale por un lado, y vuelve a entrar por el otro*) Al final esto ya me hacía gracia, y quería repetirlo una última vez.

DIOS.- Es la hora. Por aquí. (*Sale una luz de un lateral*)

ÁNGEL.- ¡Hala! O sea, que lo de ir hacia la luz es verdad.

DIOS.- Sí.

ÁNGEL.- (*Mientras van poco a poco hacia ella*) ¿Y lo de andar por las nubes?

DIOS.- Más o menos, aunque casi todo el mundo prefiere pisar en el suelo.

ÁNGEL.- Esto... (*A punto ya de salir*) Y una duda que tengo yo. ¿Lo del sexo de los ángeles...? (*Salen mientras cae el*

TELÓN